

EL MEDICO DE "VALPARAISO, MI AMOR"

REBECA URIBE



"Corría el año 1949. Era el mes de noviembre. En París comenzaban los primeros fríos. Los árboles de un café rojizo dejaban caer cascadas de hojas. El Sena corría lento y majestuoso, sin el ruido infernal de las autopistas actuales que eliminaron a sus románticos "quais". Era la época del Deux Magots y del Café Flore. De Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Y todas las muchachas usaban pantalones de hombre como los que tenía la musa del existencialismo, Juliette Greco.

"Nosotros, un grupo de jóvenes profesionales chilenos recién salidos de la universidad estábamos embelesados por la ciudad, por la juventud tan desenvuelta que se besaba en el Vert Galant o en las apreturas del Metro, a 20 centímetros de nuestra cara. Habíamos llegado a París para estar sólo algunos días, pero allí nos quedamos.

"En una de esas tardes en un pequeño cine del quartier, por el lado del Boulevard Saint Michel, donde recién se había apagado el proyector de películas y encendido las luces de la sala, nos encontramos todos con los ojos lacrimosos, sin ninguna posibilidad de disimularlo. Acababan de proyectar "Ladrón de bicicletas" de Vittorio de Sica. Y tuvimos la sensación de que algo nuevo había comenzado en el cine. En ese momento, siendo ya médico, decidí que algún día también sería cineasta".

Siempre había visto el cine como un simple medio de diversión, pero ahora también veía su importancia social. Siempre se había definido como un médico social y con ese enfoque practicó la medicina. Pero en esa tarde parisina había descubierto un medio mucho más eficaz para realizar esa labor: el cine.

Con estos recuerdos el Dr. Aldo Francia describe sus inicios en la segunda profesión que eligió hacer en su vida, el cine. Todas sus experiencias están contenidas en un libro de edición reciente publicado por CECOSOC, en el cual hace una recopilación titulada "*La historia del nuevo cine latinoamericano en Viña del Mar*". La publicación fue lanzada el 12 de octubre recién pasado en la jornada inaugural del II Festival de

Cine Chileno, que por primera vez después de varios años, reeditaron la Secretaría de Comunicaciones y Cultura, las Municipalidades de Valparaíso y Viña del Mar y la Asociación de Productores de Cine y Televisión.

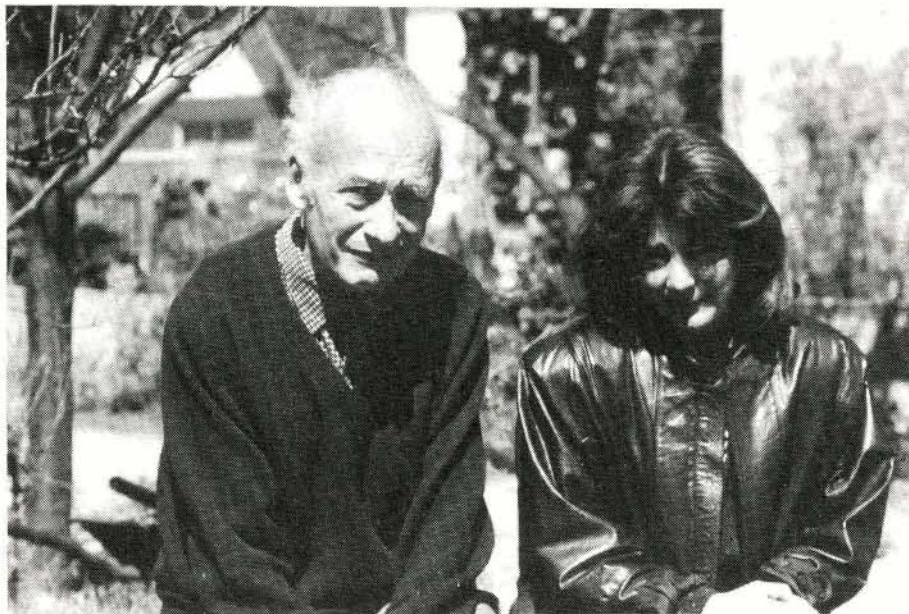
La Plaza Aníbal Pinto y luego la Plaza Victoria en Valparaíso fueron los escenarios donde durante 40 años el Dr. Aldo Francia mantuvo sus consultas de médico pediatra. Querendón de los niños, sigue siendo hoy un recordado y querido personaje que es reconocido en cada uno de los cerros de ese puerto al que no sólo ha dedicado su vida profesional como médico, sino al que además brindó todo su talento artístico a través de una corta, pero efectiva filmografía en la que descubrió las motivaciones más profundas de

sus habitantes y de su forma de enfrentar la adversidad. El Dr. Francia es sin lugar a dudas, uno de aquellos personajes inolvidables de la historia de Valparaíso.

El 30 de agosto último cumplió 67 años de edad. Tuvimos una conversación con él y su esposa Erika, una mañana casi primaveral en el jardín de su casa. No podía ocultar la alegría y el nerviosismo que sentía al saber que otra vez su ciudad volvería a tener su festival de Cine. Ese *Reencuentro de Chile con su Cine*, como se llamó al ciclo significaba también para Aldo Francia su propio reencuentro.

En 1967 realiza por primera vez el Festival de Cine y dos años después, en 1969, organiza el Encuentro de Cineastas de Viña del Mar. El significado de ambas jornadas lo explica así: "De mi experiencia personal y desde el punto de vista del cine chileno, significó ponerse en contacto con las otras cinematografías latinoamericanas y sus realizadores. Hasta ese momento, 1967, no había en Chile ideas claras sobre los temas que había que filmar, se miraba al cine que llegaba, europeo y norteamericano y se pensaba que esos eran los modelos en los cuales debíamos basarnos".

"El Primer Encuentro de Cineastas Latinoamericanos (1969) y las exhibiciones de sus películas, nos permitieron captar que existía un cine enteramente diferente en nuestra América Latina, cine que mostraba lo nuestro a través de un contenido valioso, si bien a veces con técnicas



Michael Bywaters

imperfectas”.

“De ahí nacieron una serie de películas que marcaron el inicio del cine chileno actual, de un cine chileno auténtico, no basado en ideas extranjerizantes ni tampoco en sketches criollos que nada tienen que ver con el cine”.

“1967 significó, por lo tanto, el punto de partida del cine nacional. Desgraciadamente, el golpe militar lo truncó y lo que así había comenzado en Chile tuvo que continuar en el extranjero.

“El cine chileno exiliado tiene que volver completo a nuestro país y aunarse a los jóvenes cinematografistas que nacieron en Chile en estos últimos años. Todos juntos e integrando sus experiencias, serán los pilares del nuevo cine chileno”.

“Aquella Paillard de 8 mm”

¿Cómo aprender cine en un país en el cual prácticamente no existía y, sobre todo, sin abandonar la profesión?

Esta pregunta se la formula el mismo Aldo Francia en uno de los capítulos de su libro y ante la cual responde:

...“Me compré una filmadora de 8 mm, algunos libritos de iniciación al cine y me dediqué a asistir regularmente a las películas de los buenos directores para captarlos y absorberles sus conocimientos. Con mi filmadora registré imágenes de

niños, animales y viajes, pero siempre con un hilo conductor (esbozo de guión). Comencé a analizar las películas de los buenos directores en largas conversaciones con los amigos y a mostrar mis pequeñas producciones en conferencias y reuniones sociales”.

Con su Paillard de 8 mm, filma varios documentales: “París en otoño” (1957); “Paceña” (1959) sobre los barrios indígenas de la ciudad de La Paz; “Carnaval” (1960) sobre el carnaval de Río; “Lluvia” (1961), barrio latino de París.

De todas estas primeras producciones, Aldo Francia rescata el documental “Andacollo”, filmado en 1960 en combinación con el naciente canal 4 de TV de la Universidad Católica de Valparaíso, dirigido por Mario Baeza. Se realizó la noche del 25 de diciembre en Andacollo, registrando escenas de las festividades de la Virgen.

“Salió un excelente documental en 8 mm, en color reversible, todo acción y ritmo”, cuenta Francia en su libro, agrega: “sentí que había aprendido el ritmo cinematográfico y había entrado de lleno al nuevo cine chileno”.

Con la compra de una Paillard de 16 mm comienza lo que él denomina la segunda etapa de su aprendizaje. Decide realizar un pequeño cortometraje con sus hijos: “El rapto” o “El gorro mágico”, el que filma con cámara acelerada, al estilo del cine mudo. “Fue un éxito de comicidad

y de ritmo”. Continúa luego con “La Huerfanita”, pero no la termina. Lo mismo ocurre con la filmación de la Fiesta de la Tirana que hace en 1962 y en la que tuvo problemas de sonido.

El 20 de agosto de 1962 crea el Cine Club de Viña del Mar con un grupo de realizadores de formato pequeño. Comenzaron haciendo cursos de cine, a los que contribuyó la presencia de Bruno Gebel, actor de reparto de “Roma, ciudad abierta”, de Roberto Rossellini. Gebel ofreció cursos de guión.

Otro método de aprendizaje lo constituyeron los foros de los miércoles y domingos realizados con corto y largometrajes facilitados por las embajadas.

Su trilogía

Cuando Aldo Francia hace nacer el Cine Club de Viña del Mar, en 1962, se propuso una meta de cinco años para llegar al largometraje. “Me equivoqué —precisa— fueron seis”.

El primer dato para “Valparaíso, mi amor”, su primer largometraje, lo obtuvo de un carabinero que le hizo dedo camino a Santiago. En el trayecto el policía le contó de su intervención en un caso de robo de vacunos, que eran descuartizados en el campo y llevados a la ciudad para su venta. Habían descubierto restos de una vaca colgando de un árbol y habían montado guardia toda la noche en espera de los cuaterros. Al amanecer, aparecieron un hombre y dos niños chicos. Los habían apresado y mientras llevaban esposado al padre, detrás sus dos hijos lloraban en forma desconsolada. Se trataba de un cesante hambreado, padre de ocho niños. Se interesó por el caso, fue a la cárcel. Armó la trama del film eliminando situaciones demasiado dramáticas.

Recopila además otras historias en las que sus protagonistas son niños maltratados y vulnerados por la sociedad. Con el guión inicial llegó hasta José Román, de la Cinemateca Universitaria y su aporte como escritor fue fundamental. “Valpa-



— Hijo de italianos, nace en Valparaíso el 30 de agosto de 1923. Sus estudios primarios los cursa en Italia y los secundarios en Valparaíso y Viña del Mar. Se recibe de médico en 1949 y durante 40 ejerce la Pediatría.

raíso, mi amor” se estrenó en 1969.

En 1970 a su regreso de un Festival de Cine en Berlín, ingresa a un grupo de estudios que trataba de conciliar el cristianismo con el marxismo. “Eramos varios, algunos cristianos, inclusive sacerdotes; otros comunistas, y yo que desde hacía varios años me definía como cristiano-marxista”. Finalmente en 1972 estrena “Ya no basta con rezar”, una crítica a los que sólo les basta rezar para “cumplir con sus obligaciones en esta vida”. Francia confiesa en su libro “sabía que sería criticado por eso, pero no importaba”.

Nuevamente José Román participó en el guión del film e interviene también el sacerdote Darío Marcetti del Cerro Cordillera.

“Si “Valparaíso, mi amor” era imposible filmarla en colores, “Ya no basta con rezar” exigía el color. En la primera, no había ninguna salida, ninguna salvación, todo era

gris. En cambio, la segunda es un camino a la libertad, una respuesta a “Valparaíso, mi amor”, por lo tanto, el color era fundamental”, cuenta en “Nuevo Cine Latinoamericano en Viña del Mar”.

“La guerra de los viejos pascuales”, el film inconcluso de la Trilogía

Iniciada en 1973, todavía espera terminarla algún día. Con ella se debía completar la trilogía sobre Valparaíso.

Es un cuento para niños y para grandes, en el cual se muestra un Valparaíso insólito. El guión fue realizado por José Román y Renzo Pecchenino (Lukas) basado en una idea de Aldo Francia. Román, aportaba los parlamentos y Lukas, las situaciones cómicas.

La idea de la película, narra en su

libro, le vino de una anécdota que leyó en un diario. En Estados Unidos, un hombre disfrazado de Viejo Pascual y que trabajaba en una gran tienda de juguetes, “se sintió tocado por la gracia divina” creyéndose que era el “verdadero” Viejo de Pascua; comenzó a regalar los juguetes; vinieron niños de todas partes, produciéndose un ambiente de locura total... Y el viejo terminó en la cárcel.

Con Silvio Caiozzi y su equipo, y Luis Advis en la música comenzaron a filmar, pero cuando la producción estaba casi lista para dar el “cámara y acción” a los actores, ocurrió el Golpe de Estado.

Luego de un tiempo, solicitó al delegado cultural del nuevo gobierno, la autorización para filmar. “Me pidió el guión; lo leyó y la respuesta fue “no, pues todo el mundo va a pensar que los malos son los integrantes de las Fuerzas Armadas”.